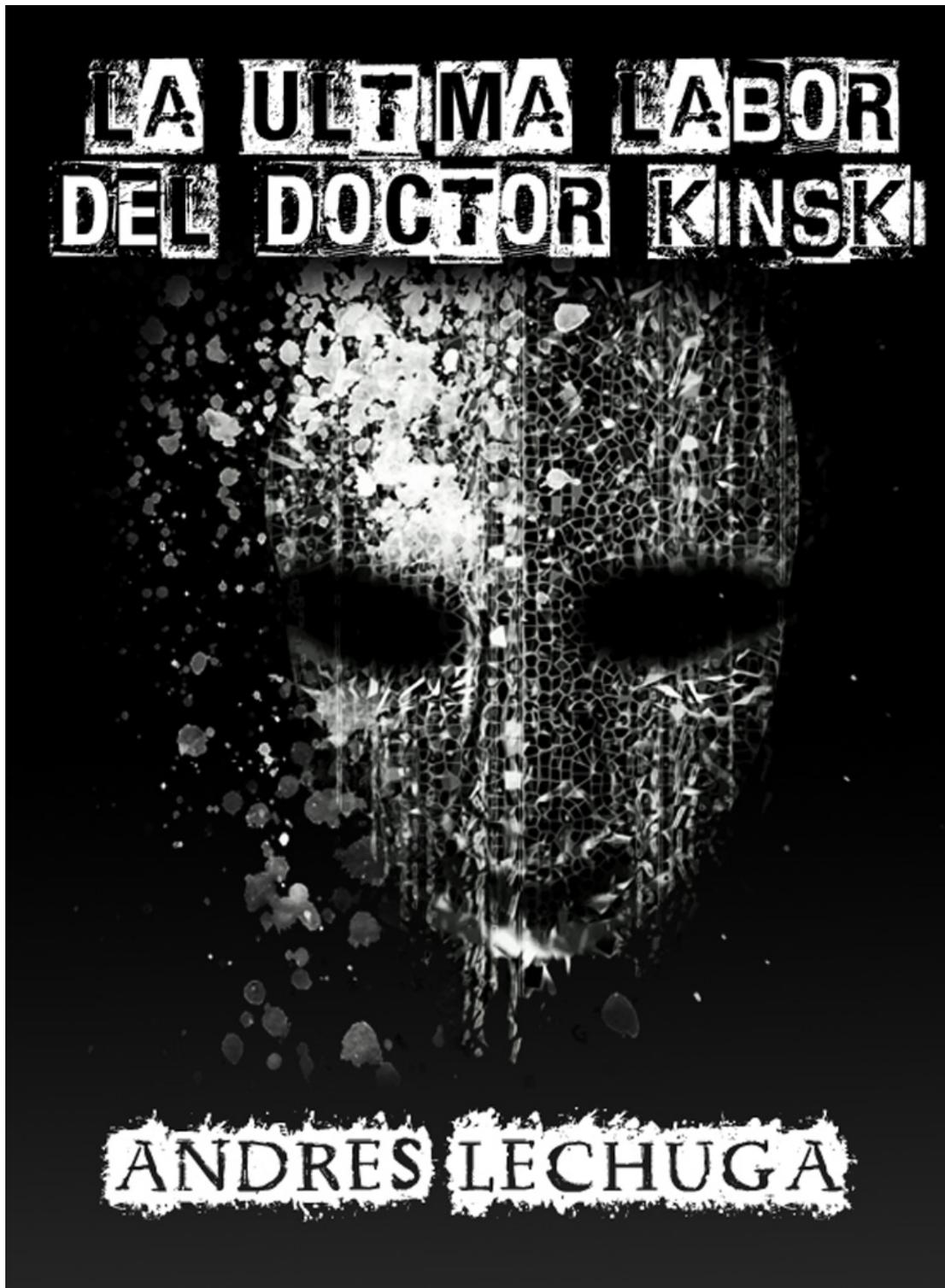


La Última Labor del Dr Kinski

Andrés Lechuga



Capítulo 1

LA ÚLTIMA LABOR DEL DOCTOR KINSKI

Andrés Lechuga

**-Dedicado a:
Ceci-**

Cuando despertó el doctor Kinski se dirigió al penal de máxima seguridad para aplicar la inyección letal al condenado; poco o nada le habían comentado las autoridades al respecto del recluso rodeado de algo más que potentes barrotes y cuatro paredes. Aquellos muros debieron ser sometidos a un moldeo incandescente de reforzamiento para soportar los colosales impactos del lunático criminal interino. Pero el doctor prefería cubrir sus oídos cuando le narraban las historias de los próximos condenados a muerte, ya que la familiarización, por breve e introductoria que sea, encaja estacas en lo más profundo del ser. Le empalan y retuercen los puntiagudos contra él. Debía transformar toda emoción en una rara mezcla de hielo reposado por la madrugada de su congelador con las más endurecidas rocas que pudo encontrar al salir en el frente de su casa. Por lo tanto aquella información permanecía en su ignorancia total.

Encendió el asmático motor de su escarabajo mil novecientos noventa y nueve, y marcó camino hacia el penal que se encontraba a las afueras del pueblo.

Era un día parcialmente gris y frío. De esas fechas en las cuales la ausencia de nubes se nota, y extrañamente un cobertor similar al nocturno se coloca por sobre la ciudad para revivir los recuerdos solitarios y depresivos de los mortales en el transcurso de lo cotidiano. El insecto andante avanzó escupiendo neblina negra que ahogaba a peatones furiosos y conformistas. Y a medida que la carretera era recorrida, más falta de personas y moradas se exhibían en los montes, en esquinas, en las manzanas, y más crecía el gigantesco castillo gótico medieval que ahora hacía de caja contenedora de asesinos, violadores, pederastas, anarquistas, inocentes y niños juzgados como adultos.

Los oficiales-porteros reconocieron el gusano del doctor desde la lejanía, hicieron a un lado los conos anticipadamente. Se dieron los buenos días, y le entregaron un boleto para regresar al momento de su salida. Kinski gustaba de caminar, le era bueno para la salud cardiaca, así que aparcó lejos de la entrada aunque los espacios liberados abundaban. El polvo y pequeñas piedras del agrietado asfalto levantaba danzante a capricho de los arrugados zapatos de vestir con hebilla del doctor, mientras disimuladamente apegaba su mano al centro de su pecho. Ingresó al recibidor, fue primeramente saludado de mano y cateado como cualquier visitante. Fue escoltado hasta el almacén de medicamentos, aunque desde

hace años es capaz de recorrer a ojos vendados el lugar.

El doctor entró al almacén, el escolta aguardó tras la puerta. La confianza que le otorgaban había sido acuñada hace un largo tiempo, por ello le dejan a solas con los medicamentos totales de la prisión.

Escogió los venenos asesinos de las vitrinas agrietadas y empañadas, además un par de inyecciones de un viejo cajón verde de madera podrida. Golpeteó la aguja como boxeador para asfixiarla y después la otra; y las ahogó en liquido negro. Aquella sustancia era la mismísima llave al infierno, en donde el criminal ardería día y noche, en un cubo similar al habitado. Este además sería invadido por cucús dictando nunca nunca nunca con ayuda de sus manecillas por los siglos de la eternidad.

Se abrazó de su embarrada bata, cogió la bandeja con las agujas y escoltado fue una vez más, ahora en dirección del ya hogar del recluso. Al moverse como bailando tango por la pasarela de barrotes no hubo insultos, amenazas de muerte, escupitajos o lanzamiento de objetos. Los reos mantenían tranquilidad, o aun no despertaban o sometidos les mantenían bajo la mejor disciplina.

Avanzó hasta verse cobijado por la sombra que generaba esa celda. Aislada de todas las demás, más allá de los cubículos de aislamiento y de los calabozos. Esa celda no era de metal, de fierro ni acero. Era algo muchísimo más resistente. El doctor lo acarició con una mano y mejilla. No encontró ninguna palabra que describiera el roce con aquel material.

La etiqueta del personaje del cual podría ser la razón de esta resistencia picoteaba su mente, pero sólo por unos momentos, ya que confiaba plenamente en los calificados guardias de seguridad que habían mantenido un récord alabado por los políticos más poderosos del mundo. Ni un sólo intento de motín, o fuga, o un hecho del mismo. Paró el vuelo de su imaginación para eliminar una vez, como siempre, sus emociones. Su Alter Ego y su Superyó volaron lejos con sus alas demoniacas y blancas de espíritu santo. Le notificaron del resguardo de cuatro oficiales más dentro, y quien le acompañaba esperaría fuera. Kinski confió y apenas ingresó con ambos pies, la puerta retumbó como trombón de purgatorio.

No conseguía ver nada, más si escuchaba una risa de eco como de perro rabioso. El doctor no tuvo reacción. Sus zapatos que parecían haber pisado pegamento de baja calidad, avanzaban con cautela por la ciega celda. El calzado se aferraba ligeramente al suelo, luego se separaba, enseguida se aferraba y aplastaba algo blando que se deshacía, se separaba, se aferraba de nuevo y pisaba algo duro pero suave a la vez. La carcajada espumosa se hacía cada vez en tonos superiores. El doctor no reaccionaba; más llamó a los guardias, nadie contestó, la risa más tarde cantó otra vez. Kinski alzó sus cuerdas vocales de nuevo, sólo la risa. Caminó un poco más alrededor, y cuando ya había recorrido ese interior como milla olímpica. La risa se presentó aun más y se encendió la

luz.

Aquel ente sin forma que con una cuerda encendió el único foco amarillo del cuarto se presentó ante el doctor. No era humano ni demonio, ni un monstruo. Era viscoso, oscuro y risueño; sólo contaba con un par de ojos de luna llena y una sonrisa de calabaza de noche de brujas del mismo color al satélite natural. Y debajo, en las plantas de sus alargados pies manchados de carmesí, los restos descuartizados de los reclusos más peligrosos que alguna vez residieron. Sus cabezas estaban allí, bueno, parte; fragmentos de sus extremidades con sus tatuajes característicos, sus dientes de gemas aventados como grano de maíz y sus ropas rasgadas. El doctor no reaccionaba.

Sin temor alguno el doctor preparó la inyección y se acercó al ente. No estaba consciente. Sólo pensaba en presionar el embolo sobre la piel, salir e ir en busca de sus emociones como si nada hubiese sucedido. Kinski inyectó a la cosa, que sólo se hizo más grande que antes. Aguardó un minuto mirando su reloj de mano y pasó a aplicar la siguiente. De nuevo eso que no era ni de aquí ni de allá se agrandó a proporciones bíblicas.

Kinski miró pasar el minuto, recogió la bandeja y agujas y trató de salir, pero la puerta no abría. Ni siquiera había picaporte, ni manija ni nada. Tocó la puerta pero nadie contestó; la golpeó, ni el silencio le hizo caso. Nada sonaba más que la risa de eso que le observaba fijamente.

Golpeó con mayor fuerza y cantó gritando sin emoción, pero estas regresaban sin que él se diera cuenta. Él mismo se había condicionado a durar específicos lapsos en ese estado, al punto de controlar mesuradamente cada aspecto. Aquello pisoteó hacia adelante con fuerza de temblor, presionó con el otro y provocó maremotos en países lejanos. La silueta de aquello abrazó al doctor, que ya no podía controlarlo, bramó.

Entonces eso que no era ni humano, ni demonio, ni ángel, ni tampoco monstruo comenzó a servirse un festín del asesino de criminales que tanto había buscado desde el inicio del universo. Arrancó extremidades y las machacó en su afilada dentadura. Cada diente era tan afilado como cualquier katana portada por dioses samurái. Como pasta en salsa italiana aspiró el intestino grueso y delgado, y los ojos supieron a aceituna en vinagre. Del cuello rasgó con sus puntiagudas manos las cuerdas vocales que le proporcionaron mayor entonación y maldición a su risa. Inhaló hasta el mínimo rincón de aire de los pulmones como si bebiera de un cartón de jugo. Arrancó el resto de los órganos y los apartó para más tarde, estaba por llenarse y sólo contaba con espacio para dos más; así que con su alargada garra profanó su cráneo y rasgó hasta ingerir su cerebro. En ese instante, eso adquirió el conocimiento pensante del doctor, sólo hacía falta lo último. Aquello que no era nada, deseaba mantener el sabor de eso por días hasta que su hambre surgiera de

nuevo. Dedicó una última mirada al palpitante corazón y lo devoró mordisco a mordisco como manzana del pecado.

Lo que no era nada parecido a este mundo rió victorioso; pero el gusto se presentó efímero, ya que desconocía el estado de salud actual de Kinski. Este hace pocos años sufre problemas cardiacos y de hecho había sido diagnosticado en etapa terminal, es decir que sus días estaban contados en el calendario. Lo que no se aguardaba, era que exactamente después de aplicar la mortal al recluso, caería de un infarto en los corredores del castigo. Pero, aquel fin de vida le tocó a eso. Presionó sus extensas palmas sobre su pecho, pero no sirvió de nada.

Aquello se fundía como acero expuesto a temperaturas solares. Aunque era más como apreciar un espectáculo de un hielo derritiéndose sobre una plancha. Emitía un calor de Sahara insoportable.

Sin más, acabó la casi eterna vida de eso que no era ni humano, ni demonio ni monstruo. Ese había existido desde antes del Big Bang, o de Lucifer, o de todo mismo.

Acabado de la manera más humillante, y descuidada a razón de su desesperación y hambre por conocimientos y vida renovada, y el doctor Kinski no se enteró de su último trabajo. Al final de todo cumplió con su destino y encargo; morir y matar.